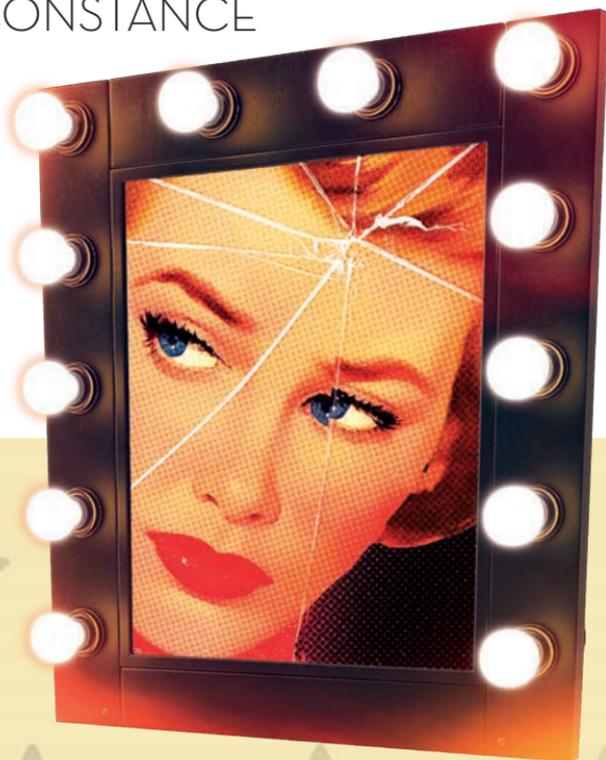


minotauro

RAY BRADBURY

MATEMOS TODOS
A CONSTANCE



RAY

BRADBURY

MATEMOS TODOS A CONSTANCE

minotauro

Matemos todos a Constance

Copyright © 2003 Ray Bradbury
Originally published as *Let's all kill Constance*

This edition published by arrangement with Don Congdon Associates, Inc. through
Casanovas & Lynch Agencia Literaria S.L.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: Pilar de la Peña Minguell
Diseño de cubierta: OpalWorks BCN
Revisión: Grupo Ormo

ISBN: 978-84-450-0767-9
Depósito legal: B. 18.306-2023
Printed in EU / Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

1

Era una noche oscura y tormentosa.

¿Es así como se atrapa al lector?

Entonces, era una noche oscura y tormentosa en la playa de Venice, en California: diluviaba y los rayos hacían pedazos el cielo nocturno. Había llovido toda la noche, desde el atardecer hasta el alba. No se movía ni una sola criatura bajo aquel aguacero. Tras las persianas bajadas de los bungalós se ocultaba el tenue centelleo azulado donde los noctámbulos velaban las noticias, malas o malísimas. El único movimiento que podía percibirse, quince kilómetros al norte y quince al sur, era el de la muerte, y el de alguien que se le adelantaba a toda prisa para aporrear la finísima puerta de mi vivienda junto al mar.

Encorvado sobre la máquina de escribir, cavaba sepulturas, mi cura para el insomnio, y andaba atrapado en una cuando los porrazos me sobresaltaron en plena tormenta. Abrí la puerta de golpe y me encontré a Constance Rattigan o, como la conocían todos, «la Rattigan».

Una serie de rayos, de destellos intermitentes, rasgó el cielo y la fotografió —oscuridad, luz, luz, oscuridad— una decena de veces.

Cuarenta años de triunfos y fracasos embutidos en un solo cuerpo de foca parda surfera: bronceado dorado y metro sesenta que va y viene, nada mar adentro al atardecer, vuelve barrenando olas, dicen, al alba, siempre varada en la playa, ladrando con las bestias del mar, a un kilómetro escaso de la orilla, o pasando el rato en su piscina junto al mar, con un martini en cada mano, desnuda al sol; o bajando como una loca a la sala de proyección del sótano, a verse correr, atemporal, por el techo claro con los fantasmas de Erich von Stroheim, Jack Gilbert o Rod La Rocque, y abandonando después su risa silenciosa en las paredes de la sala para desaparecer de nuevo entre las olas como un blanco veloz que ni el tiempo ni la muerte podrán atrapar jamás.

Constance.

La Rattigan.

—¿Qué haces aquí, por Dios? —me gritó, con el rostro bronceado cubierto de lluvia, o de lágrimas.

—¿Y tú, por Dios?

—¡Contéstame!

—Maggie está en un congreso para profesores, en la costa este. Intento terminar mi nueva novela. En nuestro domicilio, el del interior, no hay nadie. Mi antiguo casero me dijo: «La casa de la playa está vacía, véngase a escribir, a nadar», y aquí estoy. ¡Pero entra, por Dios, que te vas a ahogar!

—Ya me he ahogado. ¡Aparta!

Pero Constance no se movió. Estuvo un buen rato allí plantada, tiritando a la luz de los relámpagos incessantes, expuesta al estrépito de los consiguientes truenos. Tan pronto me parecía ver a la mujer que conocía desde hacía años, legendaria, entrando y saliendo ágil del mar, la misma cuya imagen había visto en el techo

y las paredes de la sala de proyección del sótano surcando de espaldas la vida de Von Stroheim y de otros fantasmas mudos, como la veía transformada, en el umbral de mi puerta, mermada por rayos y truenos, encogida hasta convertirse en una cría aferrada a un bolso negro, protegiéndose del frío, con los ojos cerrados por algún temor insospechado. Me costaba creer que Rattigan, la eterna estrella de cine, hubiera venido a verme en plena tronada.

—Pasa, pasa... —volví a decirle por fin.

Ella repitió en un susurro:

—¡Aparta!

Me asaltó de pronto y, con un beso de ventosa, me secuestró la lengua como si fuera un tofe y entró disparada. A medio camino del salón, decidió volver para besarme suavemente la mejilla.

—¡Uf, qué bien sabes! —dijo—. Pero, oye, ¡tengo miedo!

Abrazándose los codos, se dejó caer en mi sofá para empapármelo. Le llevé una toalla enorme, le quité el vestido y la envolví con ella.

—¿Les haces esto a todas las mujeres? —preguntó ella castañeteando los dientes.

—Solo en noches oscuras y tormentosas.

—Prometo no contárselo a Maggie.

—Para quieta, Rattigan, por Dios.

—Eso es lo que me han dicho siempre los hombres.

Luego me clavan una estaca en el corazón.

—¿Te rechinan los dientes de frío o de miedo?

—A ver... —dijo ella, recostándose en el asiento, agotada—. Vengo corriendo desde mi casa. No esperaba encontrarte aquí, hace años que te fuiste, pero ¡cómo me alegro de verte! ¡Sálvame!

—¿De qué, por Dios?

—De la muerte.

—De eso no se salva nadie, Constance.

—¡No digas eso! ¡No he venido a morir, sino a vivir eternamente, caray!

—Eso es solo un anhelo, Constance, no una realidad.

—Tú vivirás eternamente, ¡en tus libros!

—Unos cuarenta años quizá.

—No desprecies cuarenta años, que a mí me vendrían bien unos cuantos.

—Lo que te vendría bien es una copa. Quédate ahí. Saqué media botella de Cold Duck.

—¡Dios!, ¿qué me traes?

—Detesto el whisky y esto es un brebaje barato para escritores. Bebe.

—Es cicutu —dijo ella, poniendo cara de asco después de darle un sorbo—. ¡Dame otra cosa enseguida!

—En nuestro baño diminuto encontré una petaquita de vodka que guardaba para noches interminables. Constance se apoderó de ella—. ¡Ven con mamá!

Bebió sin pausa.

—Despacio, Constance.

—Tú no tienes mis estertores de muerte. —Apuró el vodka en tres tragos más y me devolvió la petaca con los ojos cerrados—. Dios existe. —Se dejó caer en los cojines—. ¿Quieres saber qué demonios me perseguía por toda la playa?

—Espera... —Me llevé a los labios la botella de Cold Duck y bebí—. Dispara.

—Pues... ¡la muerte! —contestó.

2

Empezaba a desear que aún quedase vodka en aquella petaca vacía. Helado, encendí la estufita del recibidor, registré la cocina y encontré una botella de Ripple.

—¡La leche! —exclamó Rattigan—. ¡Eso es brillantina! —Bebió y se estremeció—. ¿Por dónde iba?

—Corriendo como una loca.

—Ya, pero aquello de lo que huía venía conmigo. —El viento azotó la puerta de la casa. Le tomé la mano a Constance hasta que cesó el ruido. Luego ella agarró su enorme bolso negro y, temblona, me pasó un librito—. Toma...

Leí para mí: «Listín telefónico de Los Ángeles 1900».

—¡Madre mía! —susurré.

—Dime para qué te he traído esto —me dijo. Pasé las páginas desde la a hasta la ge y la hache; luego la eme, la ene y la o hasta el final. Aquellos nombres, nombres de un año perdido, aquellos nombres, ¡Dios mío!, aquellos nombres—. Míralo con calma —añadió.

Empecé por el principio. A de Alexander, Albert y William. B de Burroughs. C de...

—¡Increíble! —susurré—. De 1900. Estamos en 1960. —Miré a Constance, pálida bajo su eterno

bronceado estival—. De estas personas... solo viven algunas. —Miré bien los nombres—. La mayoría de estos números no vale para nada. Esto es...

—¿Qué?

—Un listín de muertos.

—¡Ahí le has dado!

—Un listín de muertos —repetí—. Egipcios. Recién salidos de la tumba.

—Recién salidos —dijo ella también, y esperó.

—¿Te lo ha mandado alguien? —pregunté—. ¿Iba acompañado de alguna nota?

—No hace falta nota, ¿no?

Pasé más páginas.

—No. Como casi todos han fallecido ya, la conclusión es...

—Que yo no tardaré en enmudecer.

—¿Serás el último nombre de estas páginas de muertos?

—Sip —contestó Constance.

Fui a subir la calefacción y me estremecí.

—¿A quién se le ocurre hacer algo así?

—Eso digo yo.

—Los listines telefónicos... —mascullé—. Maggie dice que me hacen llorar, pero depende del listín, de cuándo sea.

—Todo depende. Mira... —Se sacó del bolso otro librito negro—. Abre este.

Lo abrí y leí «Constance Rattigan» y su dirección de la playa, y pasé la primera página. Eran todo aes.

—Abrams, Alexander, Alsop, Allen... —Continué—. Baldwin, Bradley, Benson, Burton, Buss...

—Noté que se me helaban los dedos—. Todos amigos tuyos, ¿no? Me suenan los nombres.

—¿Y...?

—Casi todos enterrados en Forest Lawn. Y desenterrados esta noche. Otro listín de muertos...

—Y peor que el de 1900.

—¿Por qué?

—Porque este lo regalé hace años. A los Hollywood Helpers. No me vi capaz de borrar los nombres y los muertos se fueron amontonando, aunque todavía quedaban algunos vivos. Pero esa agenda la regalé. Y ahora ha vuelto. Me la he encontrado cuando he vuelto de nadar esta noche.

—¡Madre mía!, ¿nadas con este tiempo?

—Llueva o truene. Y hoy, cuando he vuelto, me he encontrado esto tirado en el jardín como una lápida.

—¿Sin nota?

—No diciendo nada lo dice todo.

—¡Dios! —Tomé el antiguo listín telefónico con una mano, la agenda telefónica de Rattigan con la otra—. Dos listines de muertos, o casi —dije.

—Casi, sí —terció Constance—. Mira esto, y esto, y esto.

Me enseñó tres nombres de tres páginas distintas, todos ellos marcados con un círculo rojo y una cruz latina del mismo color.

—Estos nombres..., ¿tienen algo especial? —pregunté.

—Especial, sí. Que esas personas no están muertas. O eso creo. Pero están marcadas, ¿no? Con una cruz que significa ¿qué?

—¿Que van a morir? ¿En breve?

—Sí, no, no sé, pero me aterra. Mira...

Su nombre, de los primeros, también estaba marcado en rojo y con una cruz.

—¿Un listín de difuntos y de posibles fallecidos inminentes...?

—Cuando lo tienes en la mano, ¿cómo lo notas?

—Frío —contesté—. Gélido. —La lluvia repique-teaba en el tejado—. ¿Quién querría hacerte algo así, Constance? Dime...

—Uf, montones de personas. —Se detuvo a contar—. Si te digo que unas novecientas, ¿te lo crees? Decena arriba, decena abajo.

—¡Madre mía, eso son demasiados sospechosos!

—¿Esparcidos a lo largo de treinta años? Pocos me parecen.

—¡Pocos? —exclamé.

—Hacían cola en la playa.

—¡No hacía falta que los invitaras a tu casa!

—¿Cuando todos gritaban «Rattigan»?

—Podrías haber hecho oídos sordos.

—¿Qué estamos, de ejercicios espirituales?

—Perdona.

—Bueno... —Le dio el último trago a la botella y puso cara de asco—. ¿Me vas a ayudar a encontrar a ese cabrón, o a esos cabrones, si es que cada listín me lo ha hecho llegar un majara distinto?

—No soy detective, Constance.

—¿Cómo es que te recuerdo medio ahogado en el canal con ese psicópata de Shrank?

—Pueees...

—¿Cómo es que te vi en lo alto de Notre Dame, en Fenix Studios, con el jorobado? Ayúdame, anda.

—Déjame que lo consulte con la almohada...

—Nada de almohadas esta noche. Abraza estos huesos viejos. Ya...

Se levantó, con los dos listines de difuntos en la mano, cruzó la estancia para abrir la puerta al diluvio y a las olas que se comían la playa, y se dispuso a desprenderse de ellos.

—¡Espera —le grite—. ¡Si quieres que te ayude, los voy a necesitar!

—Así me gusta. —Cerró la puerta—. ¿Cama y abrazos? Pero sin gimnasia.

—Ni se me había pasado por la cabeza —contesté.